

Pero del otro secreto no sabía nada y considerábase ultrajado. Veía que cada mañana Carlos iba á la calle de San Francisco llevando flores; veíale volver de allí con una expresión de felicidad que no engaña á unos ojos perspicaces y delata al hombre profundamente amado... ¡Y no sabía nada!

Precisamente algunos días después, estando ambos solos, Carlos aludió á los Olivares, recordando algunas preciosidades de Craft, el suave sosiego de la casa, la clara vista del Tajo... Aquello, realmente, era obtener por un puñalo de libras un cacho de paraíso.

Era de noche en el cuarto de Carlos y Ega se encojió de hombros, harto de aquellos elogios sempiternos á la quinta de Craft.

—Esa concepción de paraíso—exclamó—me parece la de un comerciante de la calle Augusta. Como es natural debe haber una porción de cosas anticuadas y fastidiosas... Un dormitorio lúgubre como una capilla de santuario... un salón que debe parecer el almacén de un trapero y donde no es posible conversar... A no ser por el armario holandés y algunos cuadros, todo aquello resulta imposible. ¡Jesús, cuánto asco me da el *bric-à-brac*!

Carlos, caído en su poltrona, dijo tranquilamente y como reflexionando:

—Sí, la verdad es que falta mucho para que aquello resulte habitable. He de hacer obras.

Ega exclamó mirando á Carlos.

—¿Habitable? ¿Vas á tener huéspedes, pues?

—Voy á alquilarlo.

—¿A quién?

El silencio de Carlos enfureció á Ega, que dijo con sarcasmo:

—Te pido perdón. La pregunta fué brutal. Alquilar una casa es siempre uno de esos secretos delicados,

de sentimiento y de honra, que no deben mentarse siquiera. ¡Ira de Dios! ¡He sido torpemente indiscretol

Carlos continuaba callado. Comprendía casi el enfado de Ega; pero una especie de pudor le impedía pronunciar el nombre de María Eduarda. Todas sus otras aventuras las había confiado á Ega; pero esto no era una aventura, pues en su amor había algo de religión y como á los verdaderos devotos, le repugnaba hablar de su fe... Sin embargo, pensó que Ega lo sabría todo más tarde ó más pronto, por boca ajena, y entonces pensó que lo mejor era decirselo fraternalmente todo.

—No seas tonto, siéntate y escucha—dijo Carlos.

Y se lo contó todo difusamente, desde el primer encuentro en la entrada del Hotel Central, el día de la comida dada á Cohen.

Ega le escuchaba sin decir una palabra. Había imaginado que se trataba de una de esas intrigas que nacen y mueren entre un beso y un bostezo; pero al oír á Carlos comprendía que se trataba de una pasión verdadera, de esas que absorben toda una vida. Creyó que se trataba de una brasileña bonita y fútil que teniendo el marido lejos y un guapo muchacho al lado, obedecía á la fuerza de las cosas; y en vez de esto topaba con una mujer llena de carácter y de pasión, capaz de cualquier sacrificio. Como siempre que se trataba de cosas patéticas, se le acabó la vena y exclamó así:

—¿De modo que te largas con ella?

—No me *largo*; pero iré á vivir con ella.

Ega quedó un momento mirando á Carlos como si fuera un fenómeno prodigioso y exclamó:

— ¡Voto al chápirol

¿Qué otra cosa podían hacer? Al cabo de tres me-

ses, Castro Gomes llegaría del Brasil y ni ella ni Carlos aceptarían nunca una de esas situaciones burguesas y atroces en que la mujer es del amante y del marido en horas distintas. Sólo les restaba una solución digna, huir.

Ega después de unos momentos de silencio, dijo:

—El marido me parece que va á sentir perder de una vez mujer, hija y perrita.

Carlos se levantó, y dió algunos pasos por el cuarto.

Sí, también pensaba en ello. No conocía á Castro Gomes, pero por algunas conversaciones tenidas con Dámaso y miss Sarah, Castro Gomes era un elegante, un gomoso, un hombre de *sport* y de *cocottes*. Se casó con una mujer bella, sació su pasión y volvió á empezar su vida de Club y bastidores.

—Y ¿qué tal es como hombre?—preguntó Ega.

—Un brasilerito moreno, un *vastaquouère*, un verdadero tipejo del café de la *Paix*.

Ega no replicó, pero pensaba que un aficionado á los Clubs y capaz de consolarse en los *Folies Bergères*, aun cuando no le importe un bledo de su mujer, puede amar mucho á su hija...

Después, asaltado por otra idea, añadió:

—¿Y tu abuelo?

Carlos se encogió de hombros.

—El abuelo tiene que sufrir un poco para que yo sea feliz del todo... El mundo es así, Ega. En este punto estoy decidido á no sacrificarme.

Ega se restregó las manos y murmuró su exclamación favorita cada vez que se trataba de cosas vehementes:

—¡Voto al chápirol

XII

Carlos, que almorzaba temprano, iba á subir al cupé, cuando Bautista le dijo que el señor Ega deseaba hablarle un momento.

Carlos pensó que se trataba de los Cohen. Hacía dos semanas que ella había llegado á Lisboa, Ega no la había visto y hablaba de ella pocas veces. Pero Carlos veía que estaba como triste y desconcertado. De fijo que Ega no se avenía á perder á Raquel. La víspera misma explicara á Carlos que había visto á Cohen en la calle, que le miró de cierto modo, y añadió que estaba decidido á romperle las narices el día que volviese á mirarle con insolencia.

Carlos iba á subir al cuarto de Ega, cuando en aquel instante llegó el correo y el criado le entregó una carta. Era de los Gouvarinho. Carlos acababa de leerla cuando apareció Ega.

—Tengo que hablarte de una cosa grave, muchacho.

—Lee primero esto—replicó Carlos entregándole la carta.

La Gouvarinho, en tono amargo, se quejaba de que Carlos hubiese faltado por dos veces á una cita; veía en ello una ofensa, y en nombre "de los sacrifi-